

**EL OJO CRÍTICO**



José  
Lois  
Estévez

**Ciencia y Filosofía.** *Por José Lois Estévez*

Cada vez que se inicia una campaña electoral, los esfuerzos de los diferentes partidos para propiciar su victoria me hacen recordar las palabras que dedicaba Rousseau a las asociaciones políticas, que, según su criterio, actuando como facciones, contribuían a distorsionar la voluntad general.

El gran problema que se esconde detrás de los conceptos Roussonianos es cómo se identifica la voluntad general. Aun siendo cierto que nuestras posibilidades informáticas, tales como Internet, han achicado el mundo mucho, todavía las aspiraciones de autogobierno muestran en nuestros días en el medio humano mayor tendencia que a la expansión del Universo a la repulsión cósmica.

Alejandro Magno estuvo en un tris de conquistar toda la ecúmene. Pero el pensamiento de una unidad política mundial todavía desencadena en los más lisonjeros arbitristas cierto horror como de aproximación a un abismo. Es el mismo fenómeno que indujo a pasar de la Filosofía a la Ciencia. La curiosidad del hombre, el gran despertador del conocimiento, no admitió en un principio confinamiento alguno: Queríamos explicarnos la realidad completa, pues el por qué de las cosas no toleraba dejar nada fuera de sí. Con su insaciabilidad innata, el hombre pretendía que su inteligencia se apoderase de todo el Universo, bien mediante mitos, mientras era éste el modo imaginativo, que hacía las veces de la requerida explicación; bien mediante grandes síntesis racionales, que, sin contradicción que las desmintiera, dieran cuenta cabal de toda la experiencia.

*La mejor lección de la pedagogía: no querer enseñarlo todo de una vez, dosificar el estudio*

¡Cosa singular! Mientras Alejandro emprendía en vano la conquista del mundo, Aristóteles, su Maestro, que estaba rozando la más grande síntesis universal del conocimiento, comenzaba a experimentar la sensación de haber errado el camino, porque sus designios de totalidad desembocan en conclusiones inabarcables. Fue el primer atisbo de la perentoriedad de circunscribir las propensiones desbordantes de nuestras apetencias de saber a rincones humildes, explorables por entero. Se proyectó así en el Liceo la monografía científica, que difundida por Estratón en Alejandría, fructificó entre los sabios del Museo, dando el impulso constitutivo a la Ciencia moderna.

¡Cuántas Ciencias se han elaborado desde entonces! Tantas son y tan variadas, que se ha hecho verdad un dicho famoso: “sabemos más y más sobre temas cada vez menores”. ¡Cada día hace falta mayor número de personas consagradas a cada especialidad para poder abarcarla por entero! Es, por eso, indispensable para el progreso de las Ciencias proceder a una más delicada división del trabajo. Como en la industria hay que planificar y reajustar las colaboraciones interhumanas para obtener máximos de eficiencia y mínimos de entropía. Pero entre la industria y la Ciencia cabe observar en este punto una circunstancia diferenciadora. Sin innovaciones anti-entrópicas, la industria sufre una tendencia al desmedro, a los rendimientos decrecientes del beneficio, que, a falta de reajustes y economías internas, son la fuente del desempleo.

Las Ciencias, en cambio, susceptibles de una oferta infinita, no encuentran otro tope a su desarrollo que la escasez de cultivadores por insensibilidad vocacional.

¿La causa? ¡El gran fallo educativo que oprime a nuestro mundo! La insuficiencia de auténticos maestros y la penosa incompreensión de las actividades docentes. Muy pocos están capacitados para enseñar, porque ellos mismos han carecido de mentores que les hayan infundido la incontenible afición al saber que lleva a esparcirlo, como una buena nueva, y a sentir siempre tras él el equilibrante contrapeso de la Filosofía. Si el aprendizaje científico puede reducirse al método, la Filosofía responde a una inquisitividad inacallable, que todo lo ve como problema.